<quererte querer queriendo

cazar mosquitos,

digo larvas,

digo letras>

Comenzar a decir dudas en alto, comenzar a querer decir las dudas en alto, comenzar a querer.

Empiezo este prólogo con vocación de final, tras recoger y ver qué pasa en esas dudas, qué con el amor que lanzas sin saber hacia dónde sucede, qué otros interrogantes, cuántos temblores.

El último poema que recibo contesta a mi reclamo y ahí veo que no he logrado decir qué dudas tengo, siquiera resolver o compartir, pero sí convocar muchas respuestas, nutridas, como un jardín poblado de caminos porque sí: hay preguntas que nos despiertan el movimiento, que nos llevan a abrir la boca, rápido, que nos dicen también los miedos propios y nos abren un hueco a conocer la vulnerabilidad del otro, su sospecha.

Y qué con el amor.

Por qué, dónde, duende, cuándo.

No sé qué le sucede normalmente a quien antologa, no sé si hay un normalmente en algo, la verdad. Yo pienso en tribu tantas veces que estar con textos y con emails durante medio año ha sido finalmente como estar hablando, algo raro, en mil cien sitios, algo raro y a la vez la esencia propia de la literatura, de la escritura, del amor: hablar con muchas voces y también no saber cómo comenzar a decir nada de esto.

Al final entiendo que he conseguido provocar un poco de inquietud.

Convocar, hacer voz y hacer caleidoscopio: en verdad todo, el amor, también, trata del movimiento y del espacio: movimiento, espacio, tiempo, temperatura, sensación.

Decía: no he logrado contar para hacerme entender, pero he logrado desentender al hacerme contar.

No he conseguido —confieso— explicar nada y eso me gusta: quizá querer es estar pese a que entendernos sea imposible.

Amor combate, amor derrota. Amor por sospecha, o como me dice G., por intuición.

Intuirnos.

;

//del por qué//para qué//cómo//

Te necesitamos en la antología, el amor lo hace.

Así acababa el email, el primero, que he mandado a cada autor. En esta sentencia creo fielmente.

El amor nos necesita/lo necesitamos: es la respuesta, incluso para quien duda si existe, para el cambio: el amor es motor, es palpito, es la enajenación necesaria más pura, más dulce, más, también, erosionante: del amor no podemos salir indemnes, como no podemos hacerlo del sonido, de la palabra, de la vida.

Contaba, cuento, cómo esta idea de antología (que tanto ha ido cambiando y transmutando, porque el amor también es metamorfosis) surgió de hablar con Berta sobre qué cansados estábamos todos, tanto, que querernos querer parecía imposible, cómo de repente todas las conversaciones derivaban en ese cansancio puro, de un peso de titanes, casi sin anécdotas, sin brindis: estoy cansada y ya solo me recojo de forma útil, quiero de forma útil, me comunico de forma útil: pavor, yuyu, susto. Hay que hacer algo, hay que hacer: acción.

Surge pues esta idea como un deseo de salvar el espacio para el amor, el amor con todo, el amor de piel, el amor del solitario, el amor de nuestro perro, del gato, el amor con órganos, el intelectual, el breve, el serio, el amor urgente, el dulce, el íntimo, el tribal, el amor distancia. El amor deseo.

Dice Anne Carson: eros es un verbo.

El por qué, el para qué, el cómo de este herbario es convocar la acción.

;

//la defensa de lo vivo//

He dejado de pelearme para tildar acentos ¿no empieza así la desazón?

Pareciera a ojos cerrados, a ojos de la publicidad, a quien se asomase, extraterrestre, a lo cotidiano del día a día que el amor hoy sucede en la *app*. El consumo de.

El amor, un elemento relegado a ser cuerpo en una *app*. La pareja, neutra, sosteniendo el cansancio, el deseo dónde. Qué deseo. Cómo. Tan cansados para querernos, tan cansados para querernos querer.

Ante ese peligro de la ruina del deseo, la alerta: amar.

Entender el deseo.

Entender la vulnerabilidad.

Dinamitar el tiempo útil.

Dinamitar la utilidad.

Sacar al amor del terreno de la melancolía, volverlo vivo, darle tendones, cuerpo, palabra: tal es la pretensión de estas voces. Obsesionarse con esta necesidad, convocarla. ¿Equivocarse? Seguro.

Pensé inicialmente que podía haber una diferencia de generaciones. Pensé porque pensar es un yoyo que nos devuelve matices y nos des-piensa. Qué diferencia hay entre escogerse en un contexto digital, en un bar, en el círculo de amistades: la palabra la dio Mariano: el amor es azar.

Azar y no. Azar y cultivo. Azar, cultivo y clima.

Quien dice clima, dice tiempo. Amar es coincidir y cuidar el esqueje.

;

;

;

//quiénes, quiénes, cuáles//

Amar es primitivo y yo os amo a todos.

Capricho, deseo, gusto. Variedad.

Etimológicamente la palabra antología viene de escoger flores.

De alguna forma este ha sido el deseo, es imposible convocar a todos los jardines, pero hay una pequeña selección aquí de voces vivas.

De voces vivas que traen nuevas definiciones abiertas, que fracturan el límite de la palabra y la amplían: un jardín, que es una constelación, que es celebración y fiesta.

Amor zoo-vivo, amor transformación, amor río, amor casual, encuentro, amor distancia, amor mediano, amor ternura, amor cansado, amor cortés, amor conjuro, amor combate, amor de hadas, amor urgencia: ¿sobrevivirá el vínculo?

Amor y eco.

;

//sustrato: turba, turbación, tierra rara: de aquí hacia el esqueje que no sospechaba el paisaje//

No quiero estar cansada para quererte

querer.

Que el tiempo y la temperatura eran indivisibles lo supieron los griegos.

El tiempo afectado del calor o del frío, su manera de alargarse, las tres

estaciones.

El brote, la piel de las plantas, el fruto y el vientre. Así las Horas, diosas menores y, como todo lo pequeño, imprescindibles, ponían el escenario preciso para el deseo.

El cuerpo hecho de tiempo, de brote, de sintaxis, el cuerpo y sus estaciones, el pudor, el secreto, el encuentro, los años, la traición y los años, el pudor, el secreto: el deseo en el cuerpo, de forma circular.

El cuerpo del amante desequilibra los tiempos de una forma inusitada: hace del tiempo algo largo, frío, eterno y dubitativo hasta llegar al cuerpo deseado, y a su vez breve, cálido, enrojecido ante el cuerpo del amado, que detiene a la vez que acelera los minutos.

Ese ensimismamiento improductivo que vuelve al cuerpo paciente, no solo en espera, también en afección: el cuerpo-cuerpo que padece y sobrevive en un tiempo irregular, en un cuerpo inmensurable y egoísta, lejos de la utilidad y el ensamblaje. Un cuerpo libre de la responsabilidad en tanto que se ve atado al deseo de otro cuerpo que lo autoriza y lo eleva a la misma velocidad que lo destruye. Un cuerpo inútil para cualquier cosa que no sea el deseo. El cuerpo anticapitalista, el cuerpo en pro de lo irrepetible, el cuerpo elevado por, elevado hacia: divinidad.

Un cuerpo enajenado, asistemático, que desoye la norma y todo lo desoye: un cuerpo para el cuerpo, pendiente del temblor.

Un cuerpo improductivo, anarquista, radical, un cuerpo peligroso e independiente, por dependiente de la furia de la entraña: un cuerpo atravesado.

Un cuerpo de venganza, un cuerpo animal, un cuerpo de conjuro, hecho de cantos, con cal y ácido y sorna.

Un cuerpo que ha de dar de sí el cuerpo-todo al deseo que siente, que no puede no hacerlo salvo que nada tenga que sentir, cómo enfrentarse a ese cuerpo enajenado casi mágico de los amantes, cómo silenciarlo para que el equilibrio de los acuerdos que están fuera de la piel se nos sostengan, cómo generar un cuerpo donde la pulsión de vida no quepa, donde la pulsión de muerte no quepa, donde la pulsión no, solo un rumor de dicha silenciado —organizado, rentabilizado, negador del deseo en sí en cuanto a colmar físicamente, sin duda— un cuerpo administrativo, hecho de trámites donde la dicha ocupa un app más.

El cuerpo del sistema, el cuerpo de la producción, el cuerpo en la rueda del consumo, agotándose: el amor, pospuesto, utilitario, hueco: contra el cuerpo enamorado que no atiende a la necesidad de un mercado que lleva el alma muerta.

Rota la fe unida, el cuerpo volvió a dudar y entonces, entonces tuvo tanto que hacer sin el hacer que qué le queda al cuerpo: una esperanza de calendario. El cuerpo sometido a la acción, un cuerpo tropezando, con voces de allá fuera que desordenan e inventan, aumentando sin parar, los impulsos.

Un cuerpo como en ay retoma la caída: no queda adorno en la sala que eleve la postura o nos levante los hombros, la mirada no tiene ya nada que mirar, allá al fondo del ojo, la mueca se averigua: desganados, apáticos. Opacos, impenetrables.

Con los cuerpos cansados. NO.

En el cuerpo, cansado. NO.

El cuerpo tan cansado. NO.

Cansados. NO.

Los cuerpos allá afuera tan cansados. NO.

Estamos tan cansados qué dónde queda el tiempo del cuerpo que se entrega: a qué, con qué energía. NO.

Hablamos del cansancio. El deseo lo tramitamos, hablamos del cansancio. NO MÁS.

El cuerpo tan cansado. El cuerpo sin la mente, cansado solo ya, el cuerpo sin las dudas, tan solo ya cansado. NO MÁS CANSANCIO.

Cansando hasta el silencio, en un cansancio gris que nos cierra la boca. El cuerpo de los ojos por un sitio, inyectados, con susto, el cuerpo sin retina. NO: ESCOGEMOS MIRAR. ESCOGEMOS MIRARNOS.

El cuerpo de los hombros que caen y solo dicen: qué cansado es todo. Cómo estás: estoy cansado. Qué puedes decirme: estoy cansado. Cómo te sientes: no lo sé. Cómo van tus amores: cuándo. Cómo va el entusiasmo: cómo ¿qué? Cuéntame tus valores: qué cansado. Cuéntame tu verano: tan cansado. Cuéntame algo bonito: para qué. Cuéntame qué has vivido: no recuerdo. Dime, qué sientes: no sé si siento algo, acaso siento gris.

No.

Pausa.

No.

Movimiento.

Hacer.

Vivir.

Sonido.

Tacto.

Cuerpo.

Lucha.

Cómo no hacer, cómo no actuar, cómo no armarse con semillas y esquejes y poner en pie la vida.

Queremos incendiarios en el color.

El amor es jugársela, arriesgarse a la pérdida: ceder la vulnerabilidad a otro, piel que entregas y duda.

Qué hacemos: algo que no sea útil.

Por ejemplo, un murmullo.

Por ejemplo, un poema.

Por ejemplo, resistirnos.

Por ejemplo, entregarnos.

En concreto: entregarnos.

Al deseo, a lo inútil, a la nuca ya recta, decidida.

Al amor.

Cansarse en el amor. Cansarse por exceso. Cansarse y no hacer nada, salvo hacer el amor hasta que irrumpa un vecino, hasta que te echen del trabajo, hasta que la tribu viva al borde de las bocas en canto, rito y juego.

Cansarse como antes. Cansar al cuerpo a base de otros cuerpos, volver a estar de pie, jugar en corro vivo, hacer cuenco a la lluvia entre las manos, cansar las palabras que administran con las palabras de los amantes. Hacernos un lenguaje a la medida del canto, de la risa, del venido. Hacernos el lenguaje único de dos, de varios, de la intimidad, hacemos juego de lenguaje, travesura, pillería. Amarnos y amar a los otros hablándonos de amar. Desearnos sintagmas, asombros, dudas vivas. Desearnos.

Empezar los poemas, acabarlos también, cuidar el tiempo de nuestras amigas.

Convocando a Afrodita, queremos hasta el límite de la llaga y la muerte.

Del relámpago en el estómago, del hogar que nos crece entre el ombligo y la boca y no para de latir.

Permitirnos el lenguaje de lo cursi, morder la lengua toda que nos viene a morder, saltar el alarido, caer exhaustos de sonido y, en la piel, crear constelaciones.

Hacerlo en el blanco con las letras, amar también con miedo, sin huir. Seguir amando.

;

//jugar, jugar, jugar//

Y no lo estoy, no estoy cansada: estoy cantando.

Jugar, querer, cuidar se trata del hacer. No entendáis nada.

;

//ñoña, ñoño, ñoñería, cursilada, rosa chicle//

No entiendo del cansancio, entiendo de sintaxis, del balbuceo.

No entiendo tampoco del amor, supongo que entender, no entiendo mucho: pero sí me debo a la sospecha, al deseo.

No sé bien concluir ni resumirme: también creo que la vida es generosidad y desorden y este prólogo un intento vital de sustentar un pequeño mundito dulce.

querernos, al fin, como un ecosistema. Nada más.

Andrea López Montero,

Madrid. Diciembre 2022.